

Español: La peor señora del mundo de Francisco Hinojosa



En el norte de Turambul, había una vez una señora que era la peor señora del mundo. Era gorda como un hipopótamo, fumaba puro y tenía dos colmillos puntiagudos y brillantes. Además, usaba botas de pico y tenía unas uñas grandes y filosas con las que le gustaba rasguñar a la gente. A sus cinco hijos les pegaba cuando sacaban malas calificaciones en la escuela, y también cuando sacaban dieces. Los castigaba cuando se portaban bien y cuando se portaban mal. Les echaba jugo de limón en los ojos lo

mismo si hacían travesuras que si le ayudaban a barrer la casa o a lavar los platos de la comida. Además de todo, en el desayuno les servía comida para perros. El que no se la comiera debía saltar la cuerda ciento veinte veces, hacer cincuenta sentadillas y dormir en el gallinero. Los niños del vecindario se echaban a correr cuando veían que ella se acercaba. Lo mismo sucedía con los señores y las señoras y los viejitos y las viejitas y los policías y los dueños de las tiendas. Hasta los gatos y las gaviotas y las cucarachas sabían que su vida peligraba cerca de la malvada mujer. A las hormigas ni les pasaba por la cabeza hacer su hormiguero cerca de su casa porque sabían que la señora les echaría encima agua caliente.

Era una señora mala, terrible, espantosa, malvadísima. La peor de las peores señoras del mundo. La más malvada de las malvadas.

Hasta que un día sus hijos y todos los habitantes del pueblo se cansaron de ella y prefirieron huir

de allí porque temían por sus vidas. Desde entonces, las plazas estaban vacías, ya no ladran los perros en las calles ni volaban los pajaritos en el cielo ni buscaban flores las abejas. Sólo se oía el sibido del viento y el repiquetejar de las gotas de lluvia contra los tejados de las casas. Fue así como la mala mujer se quedó sola, solitita, sin nadie a quien molestar o rasguñar. El único ser que aún vivía allí era una paloma mensajera que se había quedado atrapada en la jaula de una casa vecina. La espantosa mujer se divertía dándole de comer todos los días migas de pan mojadas en salsa de





chile y agua revuelta con vinagre. Unas veces le arrancaba una pluma y otras le torcía los dedos de las patas. Cuando la pobre paloma estaba a punto de morir, la señora, desesperada por no tener alguien a quien pegarle, reconoció que sólo ella podría ayudarla para atraer nuevamente a los habitantes del pueblo. Entonces decidió darle las migas de pan sin salsa de chile, el agua pura y, después de unos días, se atrevió a hacerle unas caricias. Cuando estaba convencida de que la paloma ya era su amiga y de que llevaría un mensaje a sus hijos y a los habitantes del pueblo, escribió un recadito, se lo puso en el pico y la echó a volar. A los cuantos días, los antiguos habitantes del pueblo volvieron, ya que la peor de todas las señoras del mundo les pidió disculpas en el recadito:

Quiero que me perdonen. He recapacitado y creo que yo era una mala persona.

Ya no volveré a ser como era antes. Para que me lo crean, me voy a dejar pisar y rasguñar por todos los que quieran hacerlo.

Al poco tiempo la gente volvió al pueblo, regresó a sus casas y con gran alegría rasguñó y pisó a la horrorosa mujer. Y desde entonces, volvió a ser la peor, la más peor, la peorsísima de todas las mujeres del mundo. Les pegaba cachetadas a sus hijos, mordía las orejas de los carpinteros, apagaba su puro en los ombligos de los taxistas, daba cocos en las cabezas de los niños, puntapiés a las viejitas, piquetes de ojos a los generales del ejército y reglazos en las manos de los policías. Luego le echaba carne podrida a los perros, rasguñaba con sus largas uñas las trompas de los elefantes, le torcía el cuello a las jirafas y se comía vivas a las indefensas tarántulas. Hasta los leones se portaban como gatitos cuando la veían, porque ella les jalaba tanto la melena que los dejaba pelones y con lágrimas en los ojos. Y qué decir de las flores: en unas cuantas horas no hubo una sola que conservara sus pétalos. Pero sucedió también que un buen día, mientras la señora dormía su siesta, todos los habitantes del pueblo se reunieron en la plaza central. El jefe de los bomberos dijo:

- Esto ya no puede seguir así.

- Es cierto- lo respaldó el boticario.
- ¿Y por qué no- preguntó un niño- la convencemos de que ya nos deje de molestar?
- Ja, ja, ja- pegaron todos una sonora carcajada, que apagaron de inmediato por temor a despertarla.
- No- intervino el más viejo del pueblo-. Lo que debemos de hacer es engañarla.
- ¿Engañarla? - se sorprendió el dueño de la fábrica de hielo-. ¿Cómo vamos a engañarla?
- Muy fácil - aseguró el viejito-. Cuando ella nos pegue vamos a darle las gracias. Si nos muerde las orejas, le pedimos que lo haga otra vez. Si nos rasguña, le decimos que es lo más delicioso que hemos sentido en la vida. ¿Qué les parece?
- ¡Oh, oh!- exclamaron todos con los ojos abiertos.
- No es mala idea- añadió el dueño de la mayor flotilla de camellos del pueblo.

Y así quedaron de acuerdo.

La señora se despertó de su siesta hecha una furia. Tenía unas ganas enormes de pellizcar a un niño. Al primero que encontró, que era su hijo mayor, lo prendió del cachete y no lo soltó hasta después de media hora. El hijo, aguantando el dolor le dijo:

- Gracias, mamita, ¿podrías darme otro pellizco? Ándale, por favor, aunque sea uno solo...

La señora, extrañada al principio, le dijo que no, que él no merecía un premio así. Luego se fue contra la vecina. En cuanto la vio le dio una tremenda patada en la espinilla con la punta de su bota. Aunque le dolió en el alma, la vecina se mordió los labios, aguantó las lágrimas y le dijo a la agresora:

- Muchas gracias, muchas gracias. ¿Le puedo pedir un favor? Deme también una patada en las pompas. Se siente muy rico. Nunca me había pegado alguien tan bien como usted. Pega tan fuerte...
- ¡No, no y no! ¿Quién se cree que es para pedirme un favor?

Como vio que estaban sucediendo cosas muy raras, la mala mujer fue a buscar al zapatero y le jaló los pelos tanto que se quedó con ellos en la mano.

- Muchas gracias, doña- le dijo-, le agradecería que me quitara los demás pelos. Tengo unas ganas de quedarme pelón que ni se lo imagina. Y lo hace usted con tanta

delicadeza...Créame que ni el mejor peluquero del mundo lo haría tan bien.

Y así fue la peor señora del mundo con todos y cada uno de los habitantes del pueblo, hasta que llegó la noche y le dio sueño. Mientras ella dormía, la gente volvió a reunirse.

- Creo- dijo el más viejo- que nuestro plan está funcionando. Ahora tenemos que seguir engañándola. Cuando a ella se le ocurra hacer alguna cosa buena, si es que se le ocurre, vamos a quejarnos como si nos doliera y fuera la peor cosa que alguien pudiera hacer.

La sonrisa se apoderó de todas las bocas, que a coro respondieron:

- ¡De acuerdo!

A la mañana siguiente, la peor señora del mundo se levantó de pésimo humor. Fue a la cocina a prepararles a sus hijos su comida para perros. Hizo un fuerte coraje cuando descubrió que la caja estaba vacía.

- ¡Puaj!- se quejó-. Tendré que darles de desayunar cereal con leche y miel.

Los niños, en cuanto vieron sus platos servidos, empezaron a quejarse.

- Mamá, ¿qué es esto tan espantoso?
- ¡Es cereal con miel, niño tonto!
- Yo no quiero.
- Ni yo- dijo el más chico con una lágrima en

los ojos.

- Prefiero comida para perros.
- Yo también- gritaron los otros al mismo tiempo.

La mamá los obligó a todos a comer lo que les había servido. Y ellos, por supuesto, pusieron tal cara de asco que parecía que se estaban comiendo un guisado de alacranes. Después de dejar a sus hijos en la escuela se topó en el camino con el herrero, que le dijo:

- Disculpe, señora, ¿podría hacerme el favor de darme un karatazo en la espalda?
- ¡No! ¿Quién se cree usted que es para pedirme un favor, eh?
- Estaba la señora tan enojada y tan confundida con todo lo que pasaba a su alrededor que, sin darse cuenta, le dio una moneda al limosnero del pueblo. Éste se enfureció y le reclamó:
- ¿Qué le sucede, señora? Llévese su horrible dinero a otra parte. No me insulte con su caridad.

Contenta de saber que eso no le gustaba al limosnero, sacó de su bolsa todos los billetes y todas las monedas que tenía y se los arrojó al sombrero. Y así sucedió con todos y cada uno de los habitantes del pueblo.

Desde entonces todos vivieron felices, pues la peor señora del mundo seguía haciendo las cosas malas más buenas del mundo, mientras el pueblo se divertía a sus anchas con sus engaños.



English: The Worst Woman in the World by Francisco Hinojosa

Translation from Spanish to English by Sophie Hughes



In the north of Turambul, there once lived a woman who was the worst woman in the world. She was fat like a hippopotamus, smoked a cigar and had two shiny, razor-sharp fangs. She also wore pointy boots and had long, sharpened nails which she used to scratch people. She smacked her five children when they got bad marks at school, and when they got ten out of ten too. She punished them when they were good and when they were bad. She threw lemon juice in their eyes whether they had been naughty or helped her to mop the floor or clean the dishes. Worst of all, she served them dog food for breakfast. Anyone who didn't eat it had to skip one hundred and twenty times, do fifty squats and sleep in the chicken coop. The local children ran away when they saw her coming. And the same thing happened with the men and the women and the little old granddads and the little old grandmas and the police and the shopkeepers. Even the cats and the seagulls and the cockroaches knew that their lives were in danger when that wicked woman was near. The ants didn't even dream of building their nest near her house, for they knew that the woman would pour hot water on them.

She was a bad, terrible, horrible woman. The worst of the very worst women in the world. The most wicked of all the wicked.

Then, one day, her children and all the townspeople grew tired of her and decided to flee the town because they feared for their lives. From that day on, the squares were empty, the dogs didn't bark in the street, the little birds didn't fly in the sky and even the bees stopped looking for flowers. The only sound was the whistle of the wind and the rat-a-tat-tat of the rain against the roofs of the houses. And that was how the wicked woman ended up alone, abandoned, without anyone to bother or scratch. The only creature that remained there was a carrier pigeon that had got stuck in a cage in a neighbouring house. The dreadful woman had fun feeding him every day with bread soaked in red-hot chilli sauce, and water mixed with vinegar. Once or twice she pulled out a feather

and other times she twisted the claws on his feet. When the poor pigeon was about to die, the woman, now desperate because she didn't have anyone to smack, realised that only the pigeon could help her to bring back the townspeople. So she decided to feed him bread without red-hot chilli sauce, and clean water. After one or two days, she even went as far as to stroke him a bit. When the woman was convinced that the pigeon was her friend and that he would take a message to her children and the townspeople, she wrote a little note, popped it in his beak and sent him flying off. Some days later, the old townspeople came back, because the worst woman in the world had asked their forgiveness in the little note:

'I want you to forgive me. I've reconsidered things and I think I was a bad person. I promise to go back to how I was before. To make you believe me, I'm going to let anyone who wants to scratch or stamp on me do so.'

Soon after, the people came back to the town. They returned to their houses and merrily scratched and stamped on the horrible woman. And then, once again, she became the worst, the very worst, the worst of all the worst women in the world. She slapped her children, bit the carpenters' ears, put out her cigars on the taxi drivers' belly buttons, walloped the children on the head, kicked the little old ladies, poked the army generals in their eyes and rapped the policemen's hands with a ruler. Next she threw rotten meat at the dogs, scratched the elephant's trunk with her long nails, twisted the necks of the giraffes and ate the poor defenceless tarantulas alive! Even the lions turned into pussycats when they saw her, because she pulled and tugged so hard on their manes that she left them bald and with tears in their eyes. And as for the flowers, in no more than a few hours there wasn't a single flower with its petals left on. But it just so happened that one fine day, while the woman was taking her afternoon nap, all of the townspeople got together in the town square. The fire chief said:

"This cannot go on."

"You're right," agreed the chemist.

"May I ask," began a child, "why can't we convince her to stop bothering us?"

"Ha!" everyone guffawed in unison, then they stopped suddenly because they were scared of waking up the woman.

"No," said the eldest of the townspeople. "What we must do is trick her."

"Trick her?" asked the ice factory owner. "How are we going to trick her?"

"Very easily," the old man assured them. "When she hits us we're going to say thank you. If she bites our ears, we'll ask her to do it again. If she scratches us, we'll tell her it's the most wonderful sensation we've ever felt. What do you say?"

"Oh, oh!" they cried, their eyes almost popping out.

"It's not a bad idea," added the owner of the biggest train of camels in the town.

And with that, they agreed.

The woman woke up from her nap in a foul mood. She wanted nothing more than to pinch a little boy or girl. She took the first one she came across, her eldest son, gripped his cheek and didn't let go until half an hour later. The boy, trying his best to bear the pain said:

"Thank you, mummykins. Would you give me another pinch? Oh go on, please, just one little pinch..."

The woman, confused at first, told him no, that he didn't deserve any treats. Later she went after her neighbour. On seeing her she gave her a tremendous kick on the shin with the tip of one of her pointy boots. The pain pierced right through to the neighbour's soul, but she bit her lip, held back the tears and said to her attacker:

"Thank you, thank you! Could you do me a favour? Give me a little wallop on the bottom, too. It feels so good. Nobody has ever hit me as

well as you. You really do give a good beating..."

"No, no and no! Who do you think you are, asking me for a favour?"

On seeing these strange things happen, the wicked woman went in search of the shoemaker and she yanked his hair so hard that a bunch of it came out in her hand.

"Thank you, madam," he said to her, "Would you mind pulling out the rest for me? I want to be bald so much, you can't imagine. And you have such a delicate touch... Believe me when I say that not even the best hairdresser in the world can do it as well as you."

And that was the same experience the worst woman in the world had with each and every one of the townspeople, over and over until night fell and she got tired. While she slept, the people got together again.

"I think our plan is working," said the eldest. "Now we have to keep on tricking her. The next time she thinks about doing a good deed, if there is a next time, we're going to moan and complain as if it pained us and were the worst thing anyone could do."

A smile spread across all of their faces, and they replied in unison:

"Agreed!"

The next morning, the worst woman in the world woke up in a rotten mood. She went to the kitchen to prepare her children's breakfast of dog food. She was furious when she discovered that the box was empty.



"Uf!" she huffed, "I'll have to give them oats with milk and honey for breakfast."

As soon as they saw their dishes, the children began to complain.

"Mummy, what is this disgusting stuff?"

"It's oats and honey, stupid!"

"I don't want this."

"Me neither," said the youngest boy with a tear in his eyes.

"I prefer dog food."

"Me too," cried the others at the same time.

Their mother forced them to eat what she'd served them. And they, of course, pulled a face so filled with disgust it was as if they were eating a scorpion stew. After dropping the children off at school she bumped into the blacksmith, who told her:

"Excuse me, madam, would you be so kind as to

do me the favour of karate kicking me from behind?"

"No! Who do you think you are to ask favours of me, eh?"

The woman was so angry and confused with everything going on around her that, without realizing, she gave a coin to the town beggar. This really made him mad and he shouted at her:

"What's the matter with you, woman? Go take your nasty money somewhere else. Don't insult me with your charity."

Happy to hear that she had displeased the beggar, she took out all the notes and all the coins in her bag and flung them into his hat. And that's what happened with each and every one of the townspeople.

From that day on they all lived happily, since the worst woman in the world continued to do the best-worst things in the world, while all the town enjoyed the trick at her expense.



Original story in Spanish published with kind permission of Fondo de Cultura Económica

All illustrations © Rafael Barajas (El Fisgón)

Photography:

Images © Pedro Ribeiro Simões, Tom Gill, Paul, Fabrizio Monti, Michael Swigart, Don3rdSE under Flickr Creative Commons license

© British Council 2015

The British Council is the United Kingdom's international organisation for cultural relations and educational opportunities.